

Parashat
Nitzavim–Vayélej

♦ 98 ♦

כ"ג אלול תשפ"ו

י"ל ע"י

קהילת שבתי בבית ד'

בנשיאות מורנו ורבנו הר"צ
רבי גמליאל הכהן
רבינובין שליט"א

טיב הקהילה

Edición en español

בספרדית

טיב המעשיות

Tiv Hamaasiot

טיב המערכות

Tiv Hamaaréjet

La actitud hacia los alumnos

El justo Rabí Abraham'l Malaj, zal, fue uno de los más grandes discípulos del autor Hakadosh de Yesod Haavodá de Slonim. Tras el fallecimiento de su maestro, decidió apegarse al Rav Hakadosh, Rabí David Moshé de Tchorkov, zal.

En cierta ocasión, antes de Pésaj, Rabí Abraham'l envió una carta a su nuevo Rebe comunicándole que deseaba ardientemente pasar la festividad en su compañía. Sin embargo, añadió que acostumbraba observar ciertas prácticas y rigurosidades especiales durante Pésaj, y que, debido a ello, le resultaría imposible realizar el viaje, a menos que se le preparara un lugar donde pudiera mantener todas aquellas costumbres también estando junto al Rebe.

Al recibir la carta, el santo Rebe ordenó que le alquilaran una vivienda especial y que le proporcionaran todo cuanto necesitara para poder observar todas las rigurosidades que acostumbraba cumplir durante Pésaj. Gracias a ello, Rabí Abraham'l pudo viajar y pasar toda la festividad junto a su maestro.

Aquello despertó la curiosidad del hijo del Rebe, Rabí Israel, quien reunió el coraje para preguntarle a Rabí Abraham'l:

—¿Cómo se explica que mi padre le dispense semejante consideración y haya ordenado realizar todas esas molestias en su favor?

Rabí Abraham'l respondió:

—Todo esto me corresponde con justicia, porque le he ahorrado al Rebe un gran esfuerzo.

Y procedió a explicar:

—Según la ley, el Rebe tendría que haber venido personalmente hasta el lugar donde vivo para enseñarme el camino correcto. Así está escrito en el sagrado Zóhar (I, 192b): "El justo debe ir en busca del que necesita ser corregido"; es decir, que corresponde al tzadik perseguir al que necesita orientación para hacerlo volver al buen camino. Yo le he ahorrado ese esfuerzo al venir hasta aquí; de ese modo, ya no necesita salir en mi busca. Por eso soy merecedor de este trato.

Este relato ilustra perfectamente las palabras del Rambam, quien escribe:

«Así como los alumnos están obligados a honrar a su maestro, del mismo modo el maestro debe honrar a sus alumnos y acercarlos a sí. Así dijeron nuestros Sabios: "Que el honor de tu alumno te sea tan querido como el tuyo propio"».

Y el Rambam concluye con estas palabras:

«La persona debe cuidar de sus alumnos y amarlos, porque ellos son los hijos que le proporcionarán satisfacción tanto en este mundo como en el Mundo Venidero.»

De sus palabras se desprende que el amor y la cercanía hacia los alumnos también benefician al propio maestro, pues gracias a ello puede encaminarlos por la senda correcta y, en consecuencia, disfrutar del mérito de sus acciones tanto en este mundo como en el Mundo Venidero.

Este mismo concepto lo encontramos también en nuestra parashá. Moshé amonesta al Pueblo de Israel y les dice:

«Porque sé que después de mi muerte ciertamente se corromperán...»

Rashí pregunta: «¿Acaso durante toda la vida de Yehoshúa el pueblo se corrompió?». Y responde: «De aquí aprendemos que el discípulo de una persona le es tan querido como su propio cuerpo; mientras Yehoshúa vivía, en lo que respecta a Moshé era como si él mismo continuara viviendo».

Precisamente porque Yehoshúa era tan querido para Moshé, este pudo transmitirle plenamente su forma de conducir al pueblo. De ese modo, Moshé también se benefició a sí mismo, pues hizo posible que la luz de su enseñanza siguiera iluminando a Israel incluso después de su fallecimiento.

(Tiv Hatorá – Vayélej)

La corrección de las cualidades entre el hombre y su prójimo de cara al Día del Juicio

«No está en los cielos, para que digas: "¿Quién subirá por nosotros a los cielos, la tomará para nosotros y nos la hará oír, para que la cumplamos?"» (Devarim 30:12)

Se enseña en la Guemará (Eruvín 55a) que Rabá dijo: «"No está en los cielos" significa que la Torá no se encuentra en quien se enaltece sobre ella hasta los cielos». Rabí Yojanán dijo: «"No está en los cielos" significa que no se encuentra en los arrogantes».

De aquí aprendemos un principio fundamental: la Torá solamente puede arraigarse en quienes son humildes, en quienes no se ensoberbecen elevándose hasta los cielos con su orgullo, sino que se consideran a sí mismos como nada. En cambio, en quien posee arrogancia la Torá no puede morar; e incluso la sabiduría que ya adquirió termina por abandonarlo.

El Jidá, zal, escribe en su obra Jomat Anaj (Vaikrá 6:2) una maravillosa explicación de por qué la Torá no permanece en una persona orgullosa. Estas son sus palabras:

«Quien es soberbio, su sabiduría lo abandona. A modo de explicación homilética y moral puede decirse que, a causa de la soberbia, el cuerpo del hombre se convierte en un recipiente impuro y repugnante. Como se relata en el Midrash, el Profeta Eliahu, de bendita memoria, dijo a Rabí Yehoshúa ben Leví que una persona orgullosa es más pestilente que la carne en descomposición de un animal muerto. Ahora bien, la Torá debe residir en un lugar limpio y puro, y sabemos que en un sitio sucio está prohibido siquiera pensar palabras de Torá. Por ello, quien posee orgullo —siendo más repugnante que un cadáver— pierde su sabiduría, pues la Torá necesita un lugar limpio y puro.

»Este es el sentido del versículo: "Esta es la Torá del holocausto". Es decir: cuando existe una "Torá mezclada con orgullo", o sea, un erudito que estudia Torá pero alberga soberbia, entonces "ella asciende": la Torá se eleva y

>>>

se aparta de él, mientras él permanece únicamente con su orgullo».

(Tiv Hatorá – Nitzavim.)

La unión hace la buena sentencia

Al encontrarnos en este Shabat de Selijot, a las puertas de los Días del Juicio, debemos examinarnos cuidadosamente y corregir todos nuestros defectos en el ámbito de las cualidades personales. Debemos erradicar la soberbia y el egoísmo, y reparar con esmero todo lo relacionado con las relaciones entre el hombre y su prójimo.

Es costumbre en estos días solemnes que, al mismo tiempo que un judío desea a otro un buen año, también haga las paces con él y se reconcilie de todo corazón. Gracias a esa unidad del Pueblo de Israel podemos comparecer favorablemente en el juicio, tal como dice el versículo:

«Hoy ustedes están de pie (firmemente establecidos)... todos ustedes».

Es precisamente la fuerza del «todos ustedes», unidos como un solo hombre con un solo corazón, la que nos hace merecedores de ser inscritos y sellados para un año bueno. Amén.

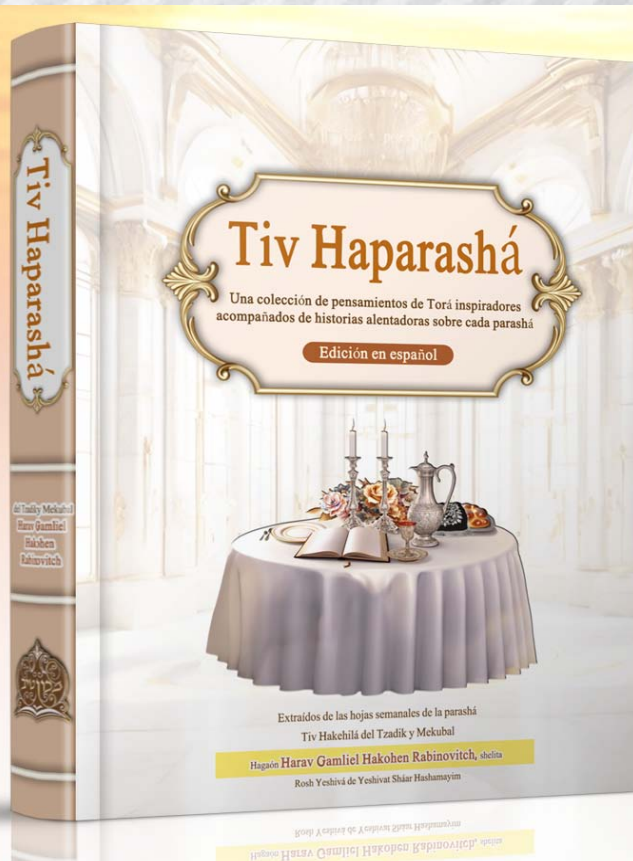
El precio de avergonzar a un judío

Un judío se presentó ante el Gaón de Tzanz, autor del Divré Jaím, zal, para solicitar ayuda. Iba a casar a su hija con un joven distinguido y piadoso y, conforme a la antigua costumbre jasídica, el suegro debía regalar al novio un shtreimel (sombrero lujoso de piel) y un talit con una hermosa atará (franja decorativa [por excelencia, de plata] que se coloca en el lado del talit que se acostumbra poner sobre la cabeza).

En ese momento se encontraba junto al Rebe su hijo, Rabí Yejezkel Shraga de Shinova, quien entonces ejercía como joven rabino de Tzanz. Al escuchar las palabras del hombre, lo reprendió severamente:

—¿Cómo te atreves a mentir descaradamente delante de mi honorable padre? ¡Yo mismo vi con mis propios ojos que ya compraste el shtreimel al comerciante! ¿Cómo no te avergüenzas?

El hombre quedó profundamente avergonzado. Su rostro mudó de color una y otra vez. Tan grande fue su humillación que ni siquiera pudo responder; simplemente salió corriendo



de la casa lleno de vergüenza.

Enseguida el Rebe de Tzanz exclamó dirigiéndose a su hijo:

—¡Jatzkel! ¿Qué has hecho? ¡Has avergonzado públicamente a un judío! Corre inmediatamente tras él, reconcíate con él y pídele perdón.

El Rebe de Shinova salió apresuradamente tras el hombre y consiguió alcanzarlo en la entrada de la ciudad. Le suplicó una y otra vez que lo perdonara, pero este se negó. Solo después de muchas súplicas aceptó regresar con él ante el Divré Jaím para que decidiera qué debía hacerse.

Cuando el Rebe de Tzanz vio al hombre de nuevo ante él, lo recibió con afecto y, con una sonrisa en el rostro, le dijo:

—Escucha mi consejo: no perdones a mi hijo hasta que te pague el importe completo del shtreimel y del talit que compraste. Y además de eso, añade también toda la ropa que necesitas para tu hija, la novia, y para toda la familia con motivo de la boda.

Inmediatamente el Rebe de Shinova intervino:

—Dime cuánto cuesta todo eso. Fija tú mismo la cantidad y yo la pagaré.

El hombre indicó la suma correspondiente al costoso ajuar.

En ese mismo instante, el Rebe de Shinova sacó todo el dinero en efectivo y lo puso con alegría en las manos del hombre. No descansó hasta que este declaró explícitamente que lo perdonaba por completo.

(Tiv Hamaasé, colección n.º 13213)

La sinceridad dentro de la verdad

Un hombre de absoluta confianza me relató acerca de un judío abatido y desdichado que entró ante Rabenu, Rabí Yoelish de Satmar, zal, autor del Vayóel Moshé, y derramó su corazón ante él, llorando por las grandes y duras desgracias que lo afligían.

El Rebe le dijo:

—Créeme que participo de todo corazón en tu dolor y en tus sufrimientos. Comprendo muy bien la angustia de tu corazón. ¡Cuánto desearía poder librarte de todas esas penas! Lamentablemente, no está en mis manos hacerlo.

Aquel judío, que se hallaba completamente destrozado y sumido en la más profunda desesperación, respondió, llevado por su inmenso dolor, con cierta insolencia:

—¡Pero el Rebe está sentado aquí, en la cumbre del mundo! Siempre está rodeado de gabaím y asistentes dispuestos a cumplir todos sus deseos, ¡y toda la tierra resplandece con su honor! ¿Cómo puede decir el Rebe que comprende mi sufrimiento y que participa de él?

Apenas salieron aquellas palabras de su boca, el rostro del Rebe se encendió como una llama. Se levantó bruscamente de su asiento y comenzó a caminar de un lado a otro con gran agitación; su semblante ardía y todo su ser estaba envuelto en una intensa exaltación espiritual.

Así permaneció caminando durante largo rato, más de veinte minutos completos, sin pronunciar una sola palabra, mientras el hombre permanecía de pie en silencio a un lado. El ambiente estaba sobrecogido por un profundo temor reverencial.

De pronto, el Rebe se volvió hacia él y, con la fuerza de su santa vehemencia, le dijo:

—Escucha bien. He hecho un profundo examen de conciencia. Tengo absolutamente claro, tan claro como la luz del sol, que deseo con todas mis fuerzas ayudarte y aliviarte en todo cuanto esté a mi alcance. Pero afirmar que siento y experimento tu dolor exactamente como si fuera el mío propio... en eso tienes razón: no puedo decir que sea realmente igual.

(Ibíd.)